

Jérôme

o la muerte en la vida del obsesivo *

SERGE LECLAIRE**

Si hubiese nevado un poco menos, si hubiese trabajado más vigorosamente, sin duda hubiera podido presentarles esta tarde un lindo trabajo, bien construido, como el pórtico acabado, limpio y neto de un templo, con césped y flores alrededor; excúsenme, apenas estamos en el armazón y ya se nos estropea el jardín.

Cuando pienso en el epígrafe que recibiría al visitante, dos palabras se ofrecen a mi elección, las mismas que me guiaron hacia este tema.

“Ante todo, los obsesivos tienen la necesidad de la posibilidad de la muerte para resolver sus conflictos”, escribía *Freud* en *El hombre de las ratas*, y ustedes recuerdan, creo, esa deliciosa frase que se encuentra algunas líneas más arriba: “[...] y en su imaginación, constantemente mataba gente para poder expresar su simpatía sincera a los padres del difunto”.

Es de un seminario de mayo de 1955 —hace exactamente un año— que recortaré arbitrariamente el otro epígrafe, que comienza por la pregunta de Edipo:

“¿Es entonces cuando ya no soy más nada que vengo a ser verdaderamente un hombre?”

* Publicado por primera vez en **La Psychanalyse**. PUF, n° 2, 1056. pp. 111-140.

** Dirección: 101, rue de Prony, Pars (VIIe).

“Es allí [nos dice *J. Lacan*], que comienza la continuación de la historia: en el más allá del principio de placer.”

A falta de edificio, sería necesario que, por lo menos, les propusiera un plan: es nada más que un calco; juzgad.

En una primera parte será tratado lo que sabemos o por lo menos lo que hacemos; en la segunda, intentaré reconstituirles mi diálogo con Jérôme, teniendo cuidado, sin embargo, de remplazar mis silencios y exclamaciones, mis “seh” y mis “hum”, por fórmulas más desarrolladas; en una tercera, finalmente, discutiremos el plan que convendría elegir, si es que tenemos todavía, en ese momento, algún deseo de encarar un proyecto de ese tipo.

Lo que sabemos comienza por una historia, un poco simple, un poco tonta, como las que se cuentan en el diván o en los diarios:

“Se trata de un analista de gran reputación, que hora tras hora hace a sus ilustres clientes la gracia de recibirlos y escucharlos; estaba un poco cansado ese día y no abandonaba su sillón; jóvenes y amables personas formadas para esa tarea, se ocupaban del paciente que se levantaba antes de hacer pasar el siguiente. Eran las 5 y el obsesivo que yacía allí, hablaba copiosamente; la hora pasa, como habitualmente, y nuestro paciente, particularmente satisfecho de sí mismo concluye en estos términos: «Creo que ha sido una buena sesión»; luego, retomando en eco anticipado una palabra que habitualmente venía del sillón, agrega, levantándose: «Vamos a dejar aquí». Su terapeuta le pareció más frío que de costumbre, parecía dormir. Pero no, está pálido, verdaderamente frío; hay inquietud, las jóvenes personas se movilizan; se llama a un colega que llega, escucha y dice: «Hace fácilmente tres horas que ha dejado de existir».”

Esa historia, que llamaremos la historia del paciente de las 5, evitando así nombrar aquello a lo que se refiere, esa historia era ya conocida por Marie-Chantal. ¡Por qué desdeñarla! Detengámonos un instante sobre lo que nos enseña.

Existen otras más ingeniosas, dirán ustedes, y estoy de acuerdo; pero esta tiene el mérito de ser “llamativa”. No podría relatarles con certeza su origen, pero se podría apostar con muchas probabilidades que nació en un diván; desde entonces creo que todos los pacientes del mundo la conocen o la reinventan y la usan pérfidamente de segunda mano.

Así se me contó que uno de nuestros maestros didactos, un día, alrededor de las 5, cuando se relajaba como conviene, acunado por el dulce ronroneo de su sabio alumno, se había enderezado bruscamente cuando se le contaba la última palabra de esta historia, rezongando analíticamente: “Entonces usted la encuentra graciosa, ¿no?”, y el alumno imperturbable, “Sí, ¿por qué?”

Pero, a falta de diversión, sabemos acá lo que quiere decir hablar; analicemos.

Es bien cierto que se trata de una forma particular de las fantasías de muerte del analista que aparecen con una constancia notable en nuestros pacientes. ¿Qué significa esa fantasía inocente, si se le puede llamar así? Iba a decir que ustedes lo saben tan bien como yo, lo mismo que el paciente que no ignora nada, él tampoco, de nuestra literatura analítica, en lo sucesivo clásica. Recordaré pues las diferentes llaves que nos sirven habitualmente para comprender —si es que se trata de comprender— lo que nos dice nuestro paciente cuando nos habla de muerte.

De entrada es bien claro que si nos imagina muertos, es que nos quiere matar. “Entonces, ¿usted quiere matarme?”, le responderán aquellos que comprenden. “¿No ha soñado nunca que sucedería algún accidente mortal, a su padre?” preguntarán los malignos, a menos que sugieran con astucia, “El otro día usted imaginaba que yo usaba barba, como su padre”. En suma, es cierto que con esa historia el paciente nos manifiesta, por efecto transferencial, su agresividad, que desea nuestra muerte como lo hizo con su padre, a menos que no la tema; es lo que todo paciente informado os explicará él mismo.

Pero la historia del paciente de la 5 nos confirma también en nuestro saber sobre otros muchos puntos; por ejemplo, que el analista es un señor que calla muy a menudo, que habla poco, que a veces, guarda un... silencio de muerte.

Freud nos lo recuerda en “El tema de los tres cofres”: el mutismo, en el sueño, es una representación usual de la muerte. Ciertos pacientes punzantes insinúan a veces que el analista duerme mientras ellos hablan, y la historia nos recuerda como el cañón de Haydn, que el sueño es una muerte breve.

Jérôme, de quien les hablaré más largamente luego, me habla también de sueño. ¿No le ocurre dormirse en el diván cuando, agotado, renuncia a razonar para que no vibre más su caja de resonancia? (Denomina así su cávum, cuya perfecta permeabilidad le preocupa mucho.) Es un largo suspiro, una pausa, que suspende entonces el sonoro comentario de su imaginación. Suspiro, yo también, de alivio (pero en silencio) y abro mi segunda oreja; desde semanas atrás hace todo lo posible, con su resonancia monótona, para dormirme. Le surge entonces la palabra “cocodrilo” así en el aire, no sabe por que... Sí, es cuero de cocodrilo., no le gusta esa piel. Recuerda entonces una película documental: se ve allí un cocodrilo que parece dormir, flotando como un tronco de árbol sin vida, luego sorpresivamente abre las fauces y se traga un negro en menos tiempo del necesario para decirlo. . . No, ciertamente, no ha visto esa escena de incorporación, había sido cortada; pero sabe que por una suerte excepcional el cineasta, con gran sangre fría ante esa escena, se había comido todo con su ojo de vidrio sin perder una migaja.

Moraleja: hacerse el muerto puede permitir comerse al otro.

Cocodrilo... sí. Cuero de cocodrilo, como su cuaderno de anotaciones; no me gusta ese cuero.

Sea, soy quizás yo el cocodrilo. Pero después de todo, y rozamos aquí el capítulo de la identificación, ¿por qué no sería él, el paciente, el tronco de árbol muerto, estirado juiciosamente, y a veces silencioso, mismo adormecido, como el analista? ¿Por qué no sería él esa cosa inerte y amenazante?

Ciertamente, si el analista se calla, no faltan pacientes que también se hacen los muertos.

y nos lo dicen. Esto podría así durar mucho tiempo.

Pero felizmente, es de buena tradición que sea el imperturbable analista quien tenga la última palabra, como lo atestigua otra historia que creo haber

sido uno de los primeros de nuestro grupo en recoger y que sería también muy instructiva. Ustedes la conocen: es el analista de gran experiencia que acostumbra por causas técnicas repetir la última palabra de la frase del paciente, hasta retomar un día en eco el “pluf” que concluye el último acting-out.

Parece pues admitido, con razón o sin ella, que es el analista quien debe tener la última palabra. Creo sin embargo que el ejemplo del cocodrilo es particularmente interesante, porque reúne alrededor del silencio, del sueño y de la muerte, en una breve secuencia, toda una serie de temas familiares para el interpretador: objetivación, “analidad” (me refiero al negro), ambivalencia, identificación, agresividad-pasividad, incorporación y voyeurismo. Otras tantas llaves, cada una de las cuales podría servir por si sola de guía para una interpretación que mantendría todo el valor de una explicación por un mito.

No he tenido, hasta ahora, otra aspiración que recordarles la frecuencia y la trivialidad de esas fantasías de muerte del analista (¿qué paciente no les ha hecho tener un accidente de tránsito?) y evocar en la misma oportunidad nuestros modos más comunes de comprender analíticamente lo que se refiere a la muerte.

Parece así, que cuando el analista práctico oye pronunciar la palabra muerte o la descubre en alguna representación simbólica en el discurso de su paciente, hace un llamado automático a una de las tres llaves siguientes:

- Deseo y temor de la muerte.
- Identificación con el muerto.
- Representación simbólica de la muerte.

Pero según sus gustos, su humor o la necesidad, interpreta en uno u otro de esos tres registros con ayuda de una de esas llaves. Para mayor claridad, retornaré brevemente cada una de esas perspectivas.

Deseo y temor de la muerte. Se trata principalmente de un deseo de asesinato, deseo de asesinato del padre, es decir, de un deseo de dar muerte. Todo aquel que ha tenido algún tiempo de análisis sabe que ha deseado matar al padre y acostarse con la madre. Es ciertamente un punto de gran importancia sobre el que convendría volver. Freud nos recuerda en *Tótem y*

*tabú*¹ que, en la neurosis obsesiva, “En la base de la prohibición se encuentra generalmente un deseo malo, un deseo de muerte formulado contra una persona amada”. Nos dice también que el temor de muerte para sí y luego para otros no es más que la consecuencia de ese deseo.

“Admitimos”, escribe del mismo modo, “que esa tendencia a matar existe realmente.”

Así, la tendencia a matar, que se ha confundido inmediatamente con la agresividad, constituye el punto de salida de todo lo que se refiere a esa perspectiva: asesinato del padre, temor de la propia muerte y de la del otro, miedo neurótico de la muerte, culpa referida a ese deseo malo.

En un segundo registro podemos agrupar todo lo que se refiere al tema de *la identificación con el muerto*. La fuente freudiana está igualmente explicitada en *Tótem y tabú* y sobre todo en *Duelo y melancolía*². Es, sin embargo, al nivel que nos interesa en este momento, en el texto de *Fenichel*³ que encontramos las formulaciones que resumen mejor el “saber” psicoanalítico común de base (y. 476): “Todo esto muestra que hay identificación con el muerto y que es percibida bajo forma de incorporación oral, semejante, en menor grado, a la que tiene lugar en la melancolía”. Y (y. 477): “En conclusión, se puede decir que el duelo está caracterizado por la introyección ambivalente del objeto perdido”. En esta perspectiva, podríamos seguramente dedicarnos después de tantos otros excelentes autores, a profundizar el significado de la identificación, y se habla de buen grado de la identificación con un padre muerto, con un hermano o una hermana; podríamos tratar de desentrañar más allá de su ilustración mitológica todo lo que recubre la noción de introyección: introyección e incorporación, introyección parcial, objeto introyectado aliado al yo o al superyó según los casos, problemas todos que hoy dejaremos de lado.

¹ S. Freud, *Tótem y tabú*; Payot, 1967, p. 87. G. W.IX, 90.

² S. Freud, “Duelo y melancolía” en *Metapsychologie*, Gallimard, col. Idées, pp. 147, 174, G.W. X, 427-446.

³ O. Fenichel, *La théorie psychanalytique des névroses*, PUF.

No nos detendremos tampoco sobre el problema del trabajo de duelo al que *D. Lagache* ha contribuido con un estudio etnológico de la más fiel tradición freudiana,⁴ trabajo del que nos promete para un futuro muy próximo el complemento clínico.⁵

Finalmente en un tercer grupo, podríamos reunir todo lo que la experiencia analítica nos ha enseñado sobre *los equivalentes simbólicos de la muerte*; como ya lo hemos evocado, el silencio, el sueño, la inmovilidad, pero también la otra orilla, más allá del río, lo mismo que toda la imaginería que constituye el reino de los muertos con el que se relaciona: yacentes, cadáveres más o menos roídos, como nos muestran las estatuarias de fines del siglo XV, esqueleto, cráneo, hoz, carretón. Igualmente podríamos reunir o despejar todo lo que prudentes autores han analizado con respecto a los ritos funerarios. No es tampoco esa vía que tomaremos hoy.

Si dejo así de lado tantos temas apasionantes, si no hago más que evocar lo que ustedes quizás esperaban ver desarrollar, es que me parece, en una palabra, que todo el interés de los analistas, con excepción de Freud, se ha dirigido principalmente, en el asunto que nos ocupa sobre el *tema* de la muerte, como si se tratara, al tematizarla, de velarla mejor; mientras que, lo que nos proponemos esta tarde, es reintroducir la *interrogante* de la muerte tal como se presenta, por ejemplo, en el obsesivo.

Algunos pensarán sin duda que se trata aquí nada más que de un problema de palabras y que la interrogante de la muerte puede ser sólo un tema de disertación. Es evidente. Pero es precisamente esa manera de velar un problema que quisiéramos evitar... y, debo confesarlo, es allí que comienza la dificultad.

“Tratamos con todas nuestras fuerzas de separar la muerte, de eliminarla de nuestra vida. Hemos tratado de echar sobre ella *el velo del silencio* y hemos aun imaginado un proverbio, «Piensa en esto como en la muerte» (es decir que

⁴ *Revue Française de Psychanalyse*. 1938, n° 4, p. 693.

⁵ D. Lagache, “Deuil pathologique”, en *La Psychanalyse*, 1957, n° 2, P.U.F., p. 45-74.

no lo pienses para nada) [. . .], escribe Freud en 1915.⁶

También Freud fue quien introdujo algunos años más tarde un concepto que la mayoría de los analistas redujeron rápidamente a la inutilidad de una excrecencia teórica que no podría más que perturbar una justa y simple práctica. Todavía hoy se encuentran, entre ellos, aquellos que creen en *la pulsión de muerte* en otra forma que en el Père Noël, por reverenda a la fantasía y obstinación del viejo Freud.

Pero llegamos en este punto, más allá de nuestro saber.

Detengámonos pues, y hagamos pie. Volvamos a nuestra experiencia cotidiana.

Había pensado un instante, por sugerencia de uno de nuestros amigos, de tornar por tema de análisis clínico la función de muerte en el bridge. Renuncié en su momento porque temí no desempeñar un papel serio en una reunión científica y también, es necesario decirlo, porque soy un jugador de escaso valor. Pero confieso que lo hago con algún sentimiento, porque reflexionen un instante en el valor ejemplar de esa función del muerto: incontestablemente, empleando un término de *J. Lacan*, tenemos allí al cuarto personaje cuya presencia salta a la vista; está extendido, acostado, expuesto enteramente, cerrado: terminado, completo: es el único que se ve en tal desnudez. Es el muerto, pero es justamente porque se le ve extendido y completo, que la jugada se ordena en función suya: está con aquel que lleva el juego, y los adversarios se sitúan con relación a él jugando en su fuerza o su debilidad — porque las tiene, aun muerte—, según que el adversario vivo se sitúe antes o después de él.

Pero dejemos el bridge y volvamos junto al diván.

Jérôme estaba ese día de buen humor y discurría sobre el arte y el modo que tenían los ingleses de desembarazarse radicalmente de sus súbditos asesinos; en Inglaterra se les cuelga... ustedes conocen los sentimientos que acompañan generalmente esos temas capitales, pero allí, lo que más sorprende a Jérôme es la fórmula que pronuncia el juez cuando da su sentencia: “Estáis condenado a ser colgado por el cuello hasta que la muerte

⁶ S. Freud, “Considérations actuelles sur la guerre et sur la mort” en *Essais de psychanalyse*, Payot, 1970, p. 253.

sobrevenga”.

Y bien, para mí, agrega, es como si me hubieran dicho un día:

Vivirás hasta que la muerte sobrevenga.

Jérôme vive así bajo la amenaza de esa condena, Si en un sentido es evidente que cada uno de nosotros vivirá hasta su muerte, no es menos extraño sentirse recordado así, cuando más bien desearíamos olvidarlo. Pero más sorprendente todavía es oírlo bajo forma de una condena, como si se tratase del propio Adán en el Jardín del Edén cuando Eva terminó de comer la manzana. Entonces, nos dicen las Escrituras, “E...] Fueron abiertos los ojos de ambos y conocieron que estaban desnudos”. Y el Padre Eterno en su cólera dijo al hombre, “Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado”. Adán lo sabía, porque Dios le había dicho, “Del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal [...] no comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis”. Luego, ¿por qué Jérôme se siente, como Adán, particularmente condenado:

Vivirás hasta que la muerte sobrevenga?

Y, ¿por qué, sobre todo, vive así en un presidio perpetuo, expiando su vida hasta la muerte? Es una de las preguntas que me he hecho, después de tantos otros que se han interesado en el mundo del obsesivo.

Ciertamente podríamos encontrar en Jérôme, ampliamente desarrollado, el tema de la muerte del padre. Vivió sus primeros años bajo el signo de la ausencia del padre que luchaba contra los alemanes. Los mataba para que no lo mataran, lo que de todos modos era un riesgo que la madre de Jérôme temía, naturalmente. El padre volvió de la guerra gaseado, fatigado, disminuido aunque viviendo lo suficiente como para darle tres años más tarde una pequeña hermana que nació tan morena como una negra... u otra cosa, tanto llamaban la atención de todos sus abundantes cabellos negros. . Jérôme hubiera preferido verla más muerta que viva, objeto a enterrar o quemar, como lo atestiguaron numerosas fantasías, antes de matarla pura y simplemente en su recuerdo, olvidándola; de hecho la reencontramos sólo después de algunos meses de análisis.

No es menos evidente que Jérôme no pudo nunca lograr un mayor progreso que el tomar la forma, la apariencia y la voz de su padre, *falto de poder llegar a ser su hijo, como segura-mente lo hubiera deseado*; me trae así una escena particularmente dramática: tiene 12 ó 13 años, ha encontrado un viejo revólver, discusión en la mesa, pelea con el padre que literalmente se desploma, llorando; desde ese día Jérôme se promete a sí mismo no oponerse a su padre nunca más en la vida.

Es verdad que en el curso de su primer año de análisis Jérôme perdió a su padre, quien desde largo tiempo atrás se moría de cáncer. Esperaba resignado, anticipando a veces la llegada de ese fin y una vez más, esa fue la ocasión para apreciar ante el lecho de muerte, cómo había logrado reproducir la imagen. Luego, el padre fue enterrado en el sepulcro familiar que nuestro paciente había “arreglado” poco tiempo antes, procediendo él mismo a la reducción de los cuerpos que allí se encontraban.

Cuidémonos de detenernos aquí y de apresurarnos en extraer conclusiones.

Desearía por el contrario, en esta ocasión, analizar la actitud de Jérôme ante el cadáver, tomando como punto central de este fragmento de observación un sueño de la infancia que me relata en el curso de su tercer mes de análisis; un sueño que lo había impresionado mucho y del que parece no haber perdido nunca el recuerdo. Hemos tenido ocasión en el curso del tratamiento de volver a él varias veces, muy exactamente como a una especie de pieza giratoria con un nudo fundamental, que conservará siempre una parte de irreductible misterio.

Nos encontramos en un amplio salón alrededor del cual hay una galería cubierta cortada sin duda por un pórtico; atmósfera de claroscuro. Llevado por cuatro hombres avanza un sarcófago abierto; se distingue claramente, muy próxima, una momia perfectamente conservada en sus vendas. Pero súbitamente, mientras que la procesión avanza, *la momia se licúa*; en el sarcófago no hay más que un jugo rojo cuyo horror se vela detrás de la certeza de que no se trata más que de los ungüentos que habían servido para embalsamar el cuerpo.

Tal es el sueño de la momia.

Si ustedes lo desean, vamos a detenernos un poco sobre este sueño por medio del que me propongo proseguir el análisis de la implacable condena de vivir.

Es un sueño muy antiguo, precisa Jérôme; me lo contó con toda la objetividad e indiferencia de un observador imparcial. ¿Lo ha soñado varias veces o bien lo ha recordado muchas veces para lamentar sus fantasías? No podría decírmelo.

Pero lo que recuerda es que ese sueño había precedido o seguido a una visita al departamento de las antigüedades egipcias del Louvre; desde entonces había deseado siempre tener una momia. Además, la historia egipcia le interesa del mismo modo que todo lo que puede aclarar el problema de los *orígenes*; le gustan los árboles genealógicos, las grandes síntesis históricas; lo que quisiera saber exactamente es aquello de lo que él es el último, el arribo final, el resultado. Siente no tener en su familia una galería de antepasados que pueda ver en figura; entonces por qué no Ramsés II, ya que se trata de él.

Evoca también los misteriosos subterráneos de las pirámides; es necesario decir que ha mantenido tan vivo como a los 12 años el gusto por los paseos a las catacumbas y grutas; sueña siempre con ciudades subterráneas y prueba la angustia de la perplejidad cuando se encuentra en sus fantasías en alguna encrucijada subterránea donde se abren siete puertas misteriosas.

Pero de lo que más a menudo me ha hablado, es del asombro y la satisfacción que siente al contemplar la momia en su apariencia humana; testigo de un pasado vertiginoso, inmóvil, protegida, conservada, es el prototipo de lo que perdura.

En otro sueño especificaba y precisaba lo que le fascinaba de este modo: en una gruta monumental, descubre un espléndido yacente de mármol negro cuya contemplación lo maravillaba. Es la imagen misma de la perfección de una forma acabada, definitiva, que ignora el tiempo. En otro sueño, finalmente, ve un guerrero que ha encontrado la protección ideal: se ha transformado en hombre de alquitrán, es decir recubierto de una armadura sin defecto,

resistente a la intemperie y, lo que es más, puede servir ocasionalmente de proyectil particularmente mortífero.

Jérôme se plantea a menudo el problema del movimiento, y la imagen de la momia animada por los que la llevan representa de modo excelente el movimiento pasivo, sufrido en bloque por la acción de otros. Sería evidentemente la ocasión de hablar de los movimientos complejos del hombre en un tren y sobre todo del hombre en un auto; cada viaje en auto, me dice, es al mismo tiempo la satisfacción de encontrarse en una caja bien cerrada y la posibilidad constantemente presente del accidente mortal. Pero sería demasiado detenerse aquí sobre el complejo motriz del hombre y su motor. Prefiero traerles esta imagen muy sugestiva que me da Jérôme, *“Yo para mantenerme, es necesario que corra a 3.000 revoluciones por minuto”*. Y cuando dice “para mantenerme” expresa así la preocupación por esa coherencia, por esa unidad a la que adhiere tanto porque teme a cada instante disolverse en algo que no sería solamente una fragmentación en pedazos sino otra cosa. Correr a 3.000 revoluciones por minuto es realmente para él una experiencia vital, porque sólo ese ritmo le da la apariencia y las propiedades de un sólido. “Si me detengo un instante”, me dice del mismo modo otro paciente, *“tengo miedo de convertirme en polvo”*, “ese polvo del que estamos hechos”, agrega.

Ya sea la violencia de ese movimiento interno o la pasividad de la motilidad externa, de su desplazamiento en el espacio, lo que advierto en ese movimiento que se dice ser la imagen de la vida, es que siempre es sufrido.

Pero así es toda su vida; Jérôme vive por procuración, le gusta organizar — es por otra parte su trabajo—, animar las empresas que visita, organizar reuniones, viajes, puestas en escena, está pronto para todo con tal de “no estar en el golpe”. Semejante a *Iconéphore*,⁷ cuya fantasía de la ciudad encantada ha relatado en otro lado, vive nada más que en el interior de los muros de su ciudad y su horror por lo real es *sagrado*. *“Estaba sobre los bordes del lago de*

⁷ “La fonction imaginaire de doute dans la névrose obsessionnelle”; en *Entretiens psychiatriques*. 1955, ed. De l’Arche, p. 193-220.

Garde”, me dice Jérôme un día; ‘el lugar era indudablemente admirable, pero yo me sentía insensible, créame, me siento más emocionado ante una linda tarjeta postal o fotos de mi viaje.”

¿Por qué, me dirán ustedes, recordarnos aquí a propósito de Jérôme lo que sabemos de todo obsesivo: su gusto por las estatuas, sus problemas automovilísticos o su modo de tornar vacaciones con una Leica? Es justamente porque eso también lo sabemos demasiado bien.

Es así que en un cálido día en que el aire está inmóvil, los juegos de agua del parque dormido nos parecen guirnaldas pintadas; pero es suficiente que sopla una brisa para que ustedes piensen un instante que una goma indiscreta esfuma el orden lineal del dibujo antes de recordar que esos juegos son una fuente.

Nada parece en efecto más inmóvil que la ciudad de Iconéphore o los campos atrincherados y subterráneos de Jérôme; las murallas se suceden, las puertas blindadas maniobran con la precisión de un reloj y no entra nada que no esté controlado, predigerido, pronto a ser asimilado a ese universo de formas. Es en el centro de ese mundo que encontramos el sarcófago como última caja de piedra; está abierto, se ve la momia, el cadáver que ha conservado la apariencia humana, que es bello, reasegurado, bien envuelto en sus vendas.

Pero atención, Jérôme me lo ha dicho, estamos aquí en el borde de lo innombrable; no es más que un fino saco de piel que nos separa allí del terror. Es lo que expresa, más claramente aún en un sueño muy reciente, que les entrego textualmente sin analizarlo más:

“Sobre el entrepuente de un barco, se halla un hombre a quien van a matar «*porque él sabe*». Me alejo para no ver. Estoy fastidiado porque el cadáver va a ser descubierto y no he dicho nada; su agenda, semejante a la mía, ha quedado entre sus cosas. Luego encuentran su cadáver hinchado en la bodega

del barco, bañado con agua y fango. Tratan de sacarlo, pero los que lo llevan se ven entorpecidos por un dédalo de tablas verticales. Lo llevan de un lado a otro de la bodega. Está hinchado, rígido, negro, muy desagradable de ver y con mal olor. De un momento a otro, corre el riesgo de reventar. Imposible escapar. El cadáver nos bloquea entre las tablas levantadas. Estoy mareado y con deseos de vomitar. Me despierto todo torcido.”

En el centro de ese mundo, encontramos un fino saco de piel por reventar.

Ahora bien: si pudimos llegar hasta aquí es porque supimos esperar y no “comprendimos” mucho en el camino. En efecto, nos habíamos divertido durante largas sesiones con sueños y fantasías de miembros dispersos, de manos y pies cortados, de calderas a la Petiot y de humo agrio; otros tantos penes cortados por un padre que hubiera deseado amenazador, todo esto con la intención de regocijar al analista pronto para disfrutarlo. Discurríamos con cortesía, adecuadamente, en suma indiferentemente; la angustia no se encontraba allí.

Hizo irrupción de otro modo, ustedes lo adivinan; estábamos en el quinto mes de análisis cuando un día me habló de la “incomunicabilidad”, de ese *hiatus* que separa dos cuerpos. Las palabras que sirven para comunicarnos no son más que vibraciones sonoras: se siente aislado, vacío, frío, emparedado, sin nada verdadero que decir. Ciertamente se había sentido trastornado al ver a su padre enfermo, pero de esa emoción no puede decir nada. Ver a su padre moribundo, me confió más tarde, ver la carne sufriendo, aun en el cine, oír el grito, porque no es palabra, del agonizante que se queja, es sencillamente intolerable. Ese día me había hablado en un tono intermedio entre reportaje y confesión, sin emoción a decir verdad, pero deseando ser —gracias al análisis— transformado “por el fondo” para poder por fin acceder a la comunicación; fue su única palabra verdadera y fue oída.

Salió de mi casa ese día para ver a su esposa que había sido intervenida para consolidar el raquis, cuando, en la avenida, fue literalmente derribado por un dolor atroz en el vientre, en el centro de las tripas; se desploma en un banco, silencioso; todo su ser está en pausa y por un breve instante se siente

moribundo. Luego, sobreponiéndose a su dolor, se “desdobla” enseguida, según una técnica familiar, pero aquí heroica, y se arrastra hasta la clínica donde se encuentra su mujer. Se le examina; el médico diagnostica un eólico nefrítico y admira su coraje. Ningún antecedente, nada en la radiografía. Ninguna secuela.

Me cuenta ese “movimiento de fondo” en la sesión siguiente.

El terror lo apresa también un día que estaba adormilado en el curso de la sesión. El ruido de una moto que pasa lo sobresalta; lo siente como una fuerza que sale de su vientre y lo desgarrar: evoca despertares sobresaltados y el pánico que lo invade en tanto que no se junta, reencuentra, sitúa.

También en sus sueños, abandonando los temas tradicionales de castración ve un féretro que se entreabre, en otra parte su padre muerto reviviendo un instante, para decirle: “Ah, eres tú”.

Y sin embargo, como ya se los he señalado, Jérôme no era “impresionable”; se había dedicado con devoción a la reducción de los cuerpos del sepulcro familiar. El cadáver no es más que una cosa, un objeto como otro, me dice: cadáver fresco o polvo, poco importa, mientras que lo que es literalmente insoportable, son las etapas intermediarias. Durante su cautiverio, vio cuerpos congelados, que se apilaban como tablas: “Me dejaban frío” comentaba.

Pero lo que imagina más atroz es encontrar-se de golpe, abriendo un ropero, ante una cosa sin forma, un objeto desconocido, no identificado, que sorprende antes de que se le nombre cadáver; podría, agrega, ver sin emoción una pirámide en plena luz, pero lo que hay que evitar a todo precio es descubrir uno solo en un sótano (por supuesto), a la luz de su lámpara, una cosa sin nombre, de forma incierta.

Estos asuntos no son agradables, de acuerdo, y me excuso de haber citado textualmente a Jérôme. La clínica que gustamos tanto, tiene sus exigencias.

Estamos acá ante los perfumes de reflejos purpúreos que servían para embalsamar a Ramsés II.

Los dispensaré de imágenes todavía más crudas después de haberles citado un curioso descenso de un tranvía en el curso del que puso el pie y resbaló, no en lo que ustedes piensan sino en una especie de masa de tripas que evocaba también el feto macerado.

Quizás ahora podamos captar mejor lo que rodean las murallas de la ciudad y las puertas blindadas de las ciudades subterráneas. Porque en efecto, no es *quizás fuera de los muros que se encuentra la amenaza de una criatura cargada de cebos o de un juez con, grandes tijeras.*

Toda esa masa de piedras evoca bien una sepultura.

Finalmente, para expresarnos en una fórmula breve y quizás un poco militar, recuerden que si un día, en el examen oral del segundo estadio del 3er año del ciclo preparatorio de los siete años de escolaridad del instituto de psicoanálisis, se les pregunta a propósito de los mecanismos de defensa: “¿Qué son las vendas?”; es necesario contestar sin dudar: “Las vendas son objeto de cuidados constantes del obsesivo víctima del ‘temor a la licuefacción’”.

Estamos nuevamente en lugares comunes. Ya era hora, me dirán ustedes, porque saben todos el horror que inspira al hombre el cadáver de su semejante. Es exacto y agregaré que sin duda Jérôme lo sabía como ustedes, antes de todo análisis, como cualquiera sabe, también antes de todo análisis, que ha tenido celos de su hermano porque estaba apasionadamente enamorado de su madre.

Quizás pensarán finalmente que hubiéramos podido abordar el problema de la muerte por algún otro sesgo que el del cadáver. Quizás, pero en lo que a mí se refiere, no tengo ninguna certeza, y de todos modos hay que reconocer que fue el camino por el que Jérôme nos ha conducido en su análisis.

Una pregunta subsiste, pues, en el punto en que estamos: saber por qué ese horror a la descomposición del cadáver que parece ser un sentimiento tan natural y común, se encuentra aquí investido sin duda por alguna función particular en el corazón de las fantasías de Jérôme, en el centro de su análisis. Es

una pregunta que dejaremos abierta provisoriamente, porque lo que nos importa haber mostrado por ese fragmento clínico es el terror que yace en el centro de aquel que se quiere condenado a “vivir hasta que la muerte sobrevenga”.

Freud nos recuerda en su análisis de la “inquietante extrañeza”, que un terror así está muy cerca de la angustia y a propósito hay que reconocer que la angustia fundamental de muerte parece haber sido, en la literatura analítica, dejada de lado frente a la angustia “original” del trauma de nacimiento.

He aquí pues despejada una imagen formadora, polo de atracción o de repulsión, que Jérôme nos descubre como nudo de su ser. Lo que bien puede esperar el analista es que esté consagrada al mismo destino de la momia, descubierta, expuesta, luego disuelta. Pero por ahora está allí, expuesta ante nosotros: aprovechemos.

Retomemos el tema familiar del yacente que recubre la tumba; las masas de piedra son enormes y el todo está tallado en grandes monolitos. Aquí la tumba está perfectamente sellada; el todo se encuentra en una gruta a la que se llega por un subterráneo que se abre en un terreno baldío cubierto de detritus. . . En cierta forma, este sueño está asociado para Jérôme con el recuerdo de una cólera incomprensible que lo invadía cuando se le prohibía por un momento el acceso al altar de una Virgen Negra que se encuentra en una cripta bajo el coro de la catedral.

Estar estructurado como ese sepulcro es con certeza, lo que él sueña, porque nada podría proteger en forma más segura la inquietante fragilidad del “saco de piel” al que algunas veces se ve reducido, cuando después de Adán, *ve que está* desnudo.. Cáscara de alquitrán o cámara fuerte, campo cerrado de su cautiverio o sala subterránea, intimidad del consultorio del analista, sepulcro, mausoleo, catedral construida bajo una cripta, nada será lo suficientemente fuerte, hermético, ajustado, como para esconder lo que no hay que ver, para impedir que se esparza lo que tiene que ser mantenido y escondido.

De manera que con su tumba, Jérôme se acuesta en mi diván: Entonces, cuando la abre para hablarme de ultratumba, no tiene más que una ambición,

parece, y es persuadirme de que los dados están *echados*.

¿No está en la tumba ya?. . . o casi, aprisionado hasta que la muerte sobrevenga. No cesa de repetirme que no tiene porvenir sino un pasado que “liquidar”, un retraso que recuperar, escúchenlo: “Quisiera alguna vez poder estar al día; quisiera liquidar todos los legajos que se apilan a mi izquierda para poder respirar al fin; cuando lo logro, siento angustia y necesito retomar otra tarea inacabada; me agoto recuperando mi retraso, porque el trabajo que realizo debería estar ya cumplido. No tengo tiempo libre: no *hay domingos para mí*”.

Que se trate o no de identificación, lo que es verdad es que Jérôme se desea ya muerto, y sobre todo, *vive como si ya estuviese muerto*.

Es el último de una raza, no puede tener hijos, es el final, el término, la conclusión, *ya terminado*, no hay porvenir para él y lo que le queda de vida ya está lleno de tareas que realizar, de legajos que clasificar, de negocios que liquidar, de problemas para poner al día; en los viajes todo está regulado de antemano y es solamente de noche, en auto, que se siente vivir un poco cuando descubre en el campo de los faros un camino que se abre siempre sobre nuevos peligros mortales. . . un poco como el análisis.

Iconéphore, más categóricamente todavía que Jérôme, afirmaba que “los dados están echados”, que su universo estaba cerrado, terminado, definitivamente cerrado y organizado, que para lo otro es muy tarde y por otra parte no hay nada que agregar; sobre lo que concluía, “Y eso es todo”.

Felizmente, todos ellos saben que su presencia sobre el diván afirma —¡oh!, muy discretamente— lo contrario, y nos significa por ahí mismo que una puerta queda abierta y que todo esto no es más que un llamado al que sabe escuchar.

Jérôme se expresa también en otra forma que con imágenes automovilísticas para decirme su deseo y su temor. Así, en términos voyeuristas, “Cómo quiere usted que salga de esto: soy como ese hombre que no puede encontrar sus lentes porque sin ellos no ve. Es verdad que aquel que los tiene sobre su nariz tampoco los ve.” O aun comentando su espera: “Soy como un ciego que quisiera saber lo que va a ver antes de recuperar la vista”.

En otra parte, finalmente, se expresa como un filósofo: “*Quisiera de todos modos recuperar la posibilidad de utilizar todas mis posibilidades*”.

Quizás tenga la oportunidad, en otra reunión, de exponerles de modo más sistemático el caso Jérôme y su feliz evolución, pero por hoy, limitándonos al tema central de la muerte formulado en: “Vivirás hasta que la muerte sobrevenga”, detendré mi exposición clínica sobre el deseo de reencontrar “la posibilidad de utilizar todas [sus] posibilidades”.

Jérôme, con estas palabras, tiene el mérito de proponer la categoría de lo *posible* en nuestra experiencia analítica y yo formularía de buena gana, después de él, *que la estructura obsesiva puede ser concebida como el rechazo reiterado de la posibilidad última de su propia muerte.*

Lo que equivale a una falsa aceptación anticipada que querría hacer del que la soporta algo ya terminado.

Sería éste seguramente el lugar de retomar nuestro epígrafe, “Ante todo, los obsesivos tienen la necesidad de la posibilidad de la muerte para resolver sus conflictos”, y de comprenderlo sobre el fondo de esta otra reflexión de Freud: “Nuestro inconsciente no cree en la posibilidad de su muerte” porque *el inconsciente*, agrega, y volveremos sobre esto, *ignora la negación.*

Finalmente esta sería la ocasión de meditar en términos heideggerianos sobre “nuestra posibilidad absolutamente propia, incondicional, insuperable”, posibilidad que es precisamente la de “la imposibilidad de la existencia en tanto que tal”, lo que puede resumirse en estas palabras: “La posibilidad de mi muerte me revela mi posible imposibilidad y aún la posible imposibilidad de toda existencia humana en general”.

Quizás piensen que abandonamos aquí el marco de una clínica sana. Es... posible. Pero deseaba con este breve prólogo introducirlos en el nivel de la verdadera dimensión del problema de lo posible o de la muerte en el obsesivo.

No sabría en este momento hacer algo mejor que, como les había prometido, situar nuevamente el problema que tratamos de abordar. Sabemos que a través de los síntomas se nos plantean interrogantes.

Compararé pues el sueño de Jérôme a la fantasía de Isabelle que, como pueden adivinarlo, es una histérica. La pregunta angustiante, casi insoportable surge en Isabelle, en el límite de un sentimiento de despersonalización en una extraña e invasora experiencia cenestésica: se siente como una serpentina de color, del mismo tipo que aquéllas que en la fiesta del día anterior había desenrollado en guirnalda antes de tirar los papелitos; pero en lugar de desenrollar el disco, le presiona en su centro y deviene ese cono frágil, pico o cráter que se anima ahora de un movimiento de vaivén al mismo tiempo que la angustia la sumerge. La serpentina de una noche, papel frágil y coloreado, *plantea, en hueco o en relieve, la pregunta de Isabelle.*

Totalmente diferentes las vendas de Jérôme: es su momia. Llámame “*mama*”^{*} le decía a su madre a los 4 años, acurrucándose en su seno, llámame “*mama*” y me sentiré feliz; *y para que dure la felicidad de mema se ha hecho muerte de mema y momia.*

Por cierto, todos saben que la momia, en el diccionario de los sueños, puede también significar “pene”, evocar los vendajes de las circuncisiones tardías; pero este sentido lo he encontrado precisamente en Víctor, un histérico cuyo padre había vivido sus últimos meses en una cáscara de yeso, y que fue circunciso a los 7 años, al mismo tiempo que su hermano, ante los ojos de su madre, viuda inconsolable.

No creo que la momia de Jérôme, que contiene difícilmente con sus vendas raudales de angustia, sea el equivalente del vendaje de Víctor y a mi juicio todo lo opone a la serpentina de Isabelle.

Porque la pregunta que plantea Isabelle, en hueco o en relieve, explayando toda su angustia, puede formularse en nuestro sobrio lenguaje: *¿Soy hombre o mujer?*

La pregunta que nos plantea Jérôme conteniendo a duras penas su terror entre el yacente de mármol y el jugo informe, podría articularse así: *¿Estoy*

* **N. de la T.:** En el texto en francés: **ma mie**, palabra con que los niños llaman a sus amas.

muerto o vivo?

Creo que ustedes ven que Isabelle habla de su sexo y Jérôme de su existencia, como lo hizo notar de un modo general J. Lacan para el histérico y el obsesivo. He aquí pues, en boca de Isabelle y de Jérôme, dos grandes interrogantes que, lo mismo que ellos, otros pacientes nos plantean:

¿Soy hombre o mujer?

¿Soy objeto o sujeto?

Son preguntas o, si lo prefieren, síntomas. “Los caracteres esenciales de la formación de un síntoma neurótico han sido estudiados largo tiempo y creo establecidos de una manera incontestable. El síntoma sería el signo de una fuerza pulsional que no ha sido saciada y el sustituto de su satisfacción adecuada” afirma Freud al comienzo de *Inhibición, síntoma y angustia*.

¿Cuáles son esas fuerzas pulsionales que pueden quedar insaciadas?

“Después de largas hesitaciones, largas tergiversaciones, hemos resuelto admitir sólo dos pulsiones fundamentales, Eros y la pulsión de destrucción [. . .]. El destino de Eros es establecer cada vez mayores uniones para conservarlas; el destino de la otra pulsión, al contrario, es romper todas las relaciones, destruir todas las cosas. Nos es permitido pensar de la pulsión de destrucción, que su destino final es llevar lo que vive al estado inorgánico y es por eso que la llamamos: *pulsión de muerte*.” He citado a Freud del *Compendio*. Prosigue: “[...] La analogía de nuestras dos pulsiones fundamentales nos lleva en la región de lo inorgánico hasta el par contrastado que ahí reina: la atracción y la repulsión”; y agrega en nota que Empédocles de Agrigento “había adoptado ya esta manera de considerar las fuerzas fundamentales o pulsiones, opinión contra la que tantos analistas se revelan todavía”.

Si he citado este texto algo severo de 1938, prefiriéndolo a otros, más freudianos si se puede decir, de los años 20 ó 21, es porque llevan la marca de una resolución que 18 años de lucha contra tantos analistas no hizo más que

afirmar.

Toda la historia del análisis lo muestra: “Para encontrar un representante de Eros [cito a Freud] no encontramos la menor dificultad; en revancha nos sentimos ya satisfechos con poder encarar la tendencia a la destrucción, a la que el odio abre el camino, como representante de la pulsión de muerte, de la que es muy difícil hacerse una idea más o menos concreta”.⁸

Ahora bien: me parece que Jérôme nos ayuda muy precisamente a hacernos una idea más o menos concreta de la pulsión de muerte y de su papel en la dinámica de la neurosis obsesiva.

Cuando se cadaveriza a su gusto, cuando se aísla o protege, se anula o fragmenta en miembros o huesos descarnados, ¿no nos está mostrando esa fuerza que lo hace tender a la estabilidad de lo inorgánico bajo el aspecto del yacente de mármol, o aquel, más incierto de la “mo-mia de mama”? Nada más necesitado de mayor unidad que la suya, porque en cuanto piedra, se conservará.

Si Jérôme se ve yacente o momia es también porque se quiere perdurable y, ¿por qué no?, eterno. El tiempo es para él como el paisaje que pudo contemplar durante sus vacaciones: no lo ve verdaderamente y lo disfruta sólo en la foto que ha tomado; no vive en el presente y no cesa de repetirlo, *mas lo que hace es medir el tiempo*. En este sentido, comprenden ustedes que el pasado le sea de un manejo más cómodo que el futuro que, por otra parte, existe apenas en tanto que tal. Está seguro que su muerte no detendrá en nada el tiempo *cronométrico* y esto es lo que importa para él. Es verdaderamente un tiempo espacializado que mantiene la prolongación de la vida como un cuadro y para el que la muerte no es más que un mojón fronterizo, ya virtualmente alcanzado.

⁸ S. Freud, “Le Moi et le Ça”, en *Essais de psychanalyse*. Payot, 1970, p. 213.

Es en ese medio y ese espacio que surgen también los amores eternos, más fuertes que la muerte. Cómo no evocar aquí la posición religiosa que sabemos que se asemeja en más de un punto a la neurosis obsesiva.

El temor de la muerte está en su horizonte común. Si Freud insiste sobre todo en *Tótem y tabú* sobre el “no matarás” que responde a algún deseo “natural”, se puede así considerar en una y otra, dos formas de acomodar la muerte para hacerla sólo el fin de una etapa en una aventura que debe proseguir más allá.

Para Jérôme el tiempo cronométrico de su vida está lleno: no le queda más que liquidar las tareas acumuladas, lo que no puede dejarle descanso; como aquel que se siente cerca de su fin, éste pone orden en su vida, indefinidamente. Que este mundo espacializado, rigurosamente ordenado, sea el mismo que sostiene extiende, soporta y constituye el cuerpo mismo de Jérôme, como las pirámides contienen las momias, es lo que en más de una ocasión nos ha manifestado de la manera más clara; que esa espacialización del tiempo, esa especie de *gelificación del devenir*, sea la acción, en parte, de las pulsiones de muerte, es de lo que estoy bien convencido; y ustedes comprenderán finalmente que en ese contexto los procesos de identificación adquieren una rigidez cadavérica, cuya animación sólo viene de un perpetuo juego de espejos.

Detalle saliente: Jérôme, que vive en una gran necrópolis y se ocupa en medir y ordenar lo viviente que se le puede presentar, tiene una gran preocupación: quiere dar nueva vida a las prácticas religiosas; lucha contra la anquilosis de una parte del clero, participa en la renovación litúrgica, milita en el plano social. Se trata por lo menos de hacer vivir a otros, de disfrutar algo por procuración, un poco como —la imagen es suya—, el escenografista de un teatro de marionetas.

Algunos se sorprenden todavía que los análisis de los obsesivos sean tan largos; ¿cómo podrían no serlo? Ya están en la eternidad del movimiento perpetuo.

Ustedes saben cómo esta preocupación del movimiento perpetuo está

profundamente unida al corazón del obsesivo; sería bueno detenernos, pero prefiero, por ahora, traerlos por uno de los secretos subterráneos que llevan al corazón de la pirámide.

Les he dicho hace un momento que Jérôme disponía su vida —y el análisis debía, según él, ayudarlo— para que todo estuviese al final bien ordenado. Pero hay una pregunta que desde la edad de 10 años no cesa de perturbarlo: en esa época ya temía morir de noche y trataba de imaginar cómo el mundo continuaría “girando” sin él. Era esa la oportunidad para interminables fantasías deliciosamente angustiantes; pero una pregunta se agregaba enseguida a sus ensueños: *¿Y si no hubiera nacido?*

¿Si yo no hubiera nacido; si no hubiera tomado cuerpo y forma, solidez y consistencia; si hubiera quedado como deseo no saciado, fluido sin forma? Allí, la angustia se hacía más intensa y sentía vértigos; no podía nunca proseguir muy lejos la representación del mundo en el que no hubiera nacido. Pero de hecho, ¿es que [ha] nacido verdaderamente? pregunta súbitamente. ¿[Ha] llegado verdaderamente a la vida?

Estamos allí de nuevo en el umbral del laberinto, en el borde de la pirámide. O bien, para usar una imagen más reciente, es como el general que conoce perfectamente y en sus menores detalles los planos de la ciudad que sitia y debe ocupar: sabe exactamente lo que puede hacer para tener éxito... Pero queda inmóvil como una estatua. Es así como las pulsiones de muerte inmovilizan en el lugar a un general impidiéndole pasar al *ataque*.

Esa pregunta fundamental de Jérôme y la angustia “cósmica” que la acompaña nos sitúa una vez más la interrogante del obsesivo bajo una luz quizás más viva:

Ser o no ser.

Jérôme no era general; más modestamente subteniente, pero era un buen militar; tenía autoridad, comprendía a sus hombres, quizás demasiado, se exponía en situaciones de peligro. Fue durante 5 años un excelente prisionero,

que nunca trató de huir: organizaba grupos y conferencias, *montaba* espectáculos, en suma vivía plenamente.

Pero un día, en un gran desorden, Jérôme fue liberado y erró por los caminos durante algún *tiempo*, buscando un centro organizado. En esta forma hizo un encuentro terrorífico: en el mismo camino en sentido inverso, *un hombre* se le acercaba; si bien tenía el tipo militar, el aspecto compuesto de su uniforme no decía si era amigo o enemigo... Jérôme llevaba algún alimento y una pistola; también el otro hombre. Jérôme piensa en torbellino; enlentece el paso, se detiene un segundo, retorna la marcha lentamente, el otro se acerca, parece dudar también, alrededor de ellos el campo está desierto. ¿Cómo es su rostro?: hirsuto; ¿tiene aspecto humano? Están allí, apenas a 5 metros, el otro abre la boca; es alemán y se oculta para vivir... Bueno, no quiere nada y cada cual continúa su camino. Están ahora de espaldas. Jérôme está aterrado; piensa que seguramente el otro va a tirar para que no lo denuncie, para tomar su ropa, su comida; no se atreve a darse vuelta ni a correr... Espera y camina.

Es así cómo Jérôme solo encuentra a otro hombre solo.

Ha soñado mucho esto desde entonces; he aquí cómo. Se encuentra frente a una gran bestia hirsuta y por descuido, la fastidia. Van a pelear; de acuerdo, hasta la muerte, pero..., *en broma*. Acepto, decía en otra parte a un alemán que lo amenazaba con su metralleta, acepto que me mates, pero gentilmente, sin enojarte: no era su arma que me daba miedo sino su cara, cuya expresión de cólera me helaba de terror.

Sin duda Jérôme en ese camino se dio cuenta que estaba solo, muy desarmado, y que no había podido llevar consigo su sepulcro.

Si para Jérôme es horrible ver un cadáver licuarse en un cajón entreabierto, no es menos terrorífico ver un hombre vivo cuando él mismo está fuera de su sepulcro.

Es necesario decirles que nunca pude arrastrar a Jérôme a un campo raso para encontrarme con él en esa situación privilegiada en que no hablaba de

ultratumba sino que callaba de verdad.

Creo que tenemos aquí el comienzo en imágenes de una teoría de las relaciones del obsesivo con su semejante, que puede, esperando a que alguno se le dedique, resumirse en algunas imágenes; he aquí tres situaciones tipos que pueden guiar ocasionalmente nuestra práctica:

La primera: Jérôme nos habla “en diferido” —según una expresión que no es suya— desde el interior de su pirámide. Inútil responderle “en directo”, recibe también sólo en diferido.

La segunda: Jérôme se transforma en tronco de árbol muerto: entreabre las tablas de su cajón y os habla, pero con la condición de hacerlos el muerto. Si habláis, la prisión vuelve a cerrarse.

La tercera: os encontráis cara a cara, es decir que casualmente, olvida de cerrar su prisión cuando estáis en el caso anterior. Aun en esta situación es inútil fatigarse, porque es “en broma”, no es “en serio”.

Si esas tres imágenes son un poco esquemáticas, atenuaré el exceso de rigor con otro sueño en que Jérôme condensaba en pocas imágenes esto que tratamos. Es también una antigua pesadilla: mata a alguien, afectuosamente, tomándolo por el cuello y pegándole en el cráneo. Pero el otro no llega a morir y entonces estando ya bastante mal, pide vivir... ¿Es demasiado tarde?

Nuestras reglas técnicas podrían a menudo formularse en cuadros de este tipo. Así querría recordarles con este pretexto técnico, la excelente fantasía del cocodrilo que ya he relatado al comienzo, lo que me permitiría decir que prácticamente y “en lo concreto” de la sesión, si el obsesivo se quiere muerto, el analista mismo, como lo recuerda Lacan en su discurso de Viena,⁹ se hace el muerto, y haciéndolo y sabiéndolo, creo que usa la técnica adecuada con el obsesivo, permitiéndole por allí mismo levantar la tapa de su sepulcro y *arriesgar un ojo antes de arriesgar una palabra.*

⁹ “La chose freudienne” en *Écrits*. Éd. du Seuil, 1966, pp. 401-436.

Creo que sería hora de ubicarnos y considerar por última vez nuestro discurso antes de que se deslice en los abismos de un silencio reflexivo, para florecer o disolverse. Pero de hecho, ¿qué ubicar? ¿Problemas dejados de lado o preguntas abiertas?

Les he hecho visitar el taller y contado historias de obsesivos. Les he hablado de la muerte, del tiempo, de la posibilidad y de la negación; han visto cocodrilos, momias, pirámides y fetos macerados.

Quizás fuese necesario, quizás sacrilegio, levantar ese velo del que habla Freud y que cubre la muerte de silencio.

Salgamos del desorden de bastidores e instalémonos del otro lado de las candilejas.

Bajemos el telón.

Y ahora, mientras esperamos que vuelva a levantarse un día sobre el espectáculo que se les había prometido y que no han visto, vamos a dibujar sobre su tela lo que se prepara del otro lado, una especie de alegoría que resume el drama que se ensaya... Imaginen lo que hemos pintado: *Edipo, en la encrucijada de los caminos, hace de Esfinge*.

Traducido por Sélíka A. de Mendilaharsu